

Reflexiones en torno al aprovechamiento académico de nuestros alumnos: El fracaso escolar.

- Por Ángel Cano Tobes, 1988. Es profesor de Lengua y Literatura -

Es ya tradicional que, llegadas las fechas de fin de curso, empiecen a correr ríos de tinta en revistas y periódicos acerca del asunto del fracaso escolar. Por supuesto que es algo serio para la Administración educativa, para los padres y para los alumnos; para la Administración, por no ver compensados los esfuerzos económicos de la sociedad, destinados a la educación, y por el fracaso de los planes ministeriales; para los padres, por ver defraudadas las expectativas que tienen puestas en sus hijos, como así mismo el sacrificio económico familiar en algunos casos; para los alumnos, por el propio fracaso escolar que probablemente influirá en su historia personal. Vaya de entrada que me parece muy llamativo el hecho de que nos preocupemos de este problema al final del curso y, sobre todo, por los resultados, y no a lo largo de todo el proceso escolar que ha desembocado en esos resultados. Es como si nos acordáramos de la santa cuando atruena.

No vamos a tratar aquí el tema del fracaso en su concepción más amplia, porque probablemente, por la índole de la cuestión, no llegaríamos a ningún camino; tampoco de la educación o formación del alumno, donde hay que involucrar a la familia y a la sociedad, sino sencillamente de los resultados académicos que, a la vista de las evaluaciones que hace el M. E. C., no son todo lo buenos que debieran ser. Para intentar explicar la razón de todo este fracaso se habla de muchas causas de diversa naturaleza, que, a mi juicio, se tratan de aplicar indiscriminadamente a todos los alumnos sin tener en cuenta un hecho fundamental, que es el de las capacidades o aptitudes innatas de los estudiantes para acometer con unas ciertas garantías de éxito el aprendizaje de ciertas asignaturas y con ciertos niveles de exigencia.

Desgraciadamente falta un servicio psicológico u orientador en los centros, que pudiera determinar con claridad este hecho y obrar en consecuencia. Pues bien, si se demostrara que hay alumnos incapaces, y no es ninguna deshonra, la verdad es que a todo este conjunto no le podemos considerar como fracasados escolares y, aunque se intente disfrazar su supuesto fracaso con otras causas, lo cierto es que ya existía desde el primer instante en que iniciaron sus estudios (quod Natura no dat Salmantica non praestat). Yo creo que, por mucho que nos duela esta realidad a los padres y a los propios interesados, es de sabios reconocer nuestras propias limitaciones en cuanto a aptitudes, para ahorrarnos decepciones, orientar correctamente nuestros propósitos y, lo que es más importante, encontrar compensaciones a nuestros esfuerzos.

Ahora bien, si el argumento expuesto anteriormente no vale y en el país hay que hacer, por Decreto Ley, a todo el mundo bachiller, entonces la tarea es muy fácil: se reducen los niveles de exigencia y todos tan contentos. La verdad es que yo no estoy por la labor.

Además de esta causa, intrínseca al propio sujeto de la educación, se alude a causas estructurales, como las deficiencias de los propios centros, y a causas socio-culturales. Yo no sé dentro de qué orden clasificarlas, pero hay dos razones que me llaman poderosamente la atención. La primera, que es la idea que tienen muchos alumnos de la inutilidad de algunos saberes y la inadecuación de muchos contenidos con el mundo real. Esto provocaría su desinterés y por ende su fracaso. Si a esto unimos el hecho de que nuestros alumnos continuamente están recibiendo de los medios de comunicación, y de la sociedad en general, la idea de las escasas perspectivas laborales que tendrán con sus estudios, (en algunos) el desaliento es mayor.

En realidad, a todo esto tengo que decir lo siguiente: que los estudios no sólo tienen como finalidad la promoción social y laboral, sino que sirven para formarnos como personas en todos los sentidos, incluso el ético. Y, por otra parte, no hay que abrumar a los escolares con ideas tan sombrías acerca de su futuro; en primer lugar, porque ellos tienen ya su trabajo en el momento presente, que es estudiar; y en segundo lugar, porque nos podemos equivocar al augurar unas oportunidades de trabajo que ellos puedan tener cuando se incorporen al mundo laboral. En cuanto al divorcio entre los contenidos que se les enseña y la realidad, la verdad es que también es una incógnita para nosotros saber si lo que aprenden les va a ser útil en la sociedad nueva que les toque vivir; pero, aún con todos estos problemas, la escuela sabe que su campo, como institución, está a caballo entre la tradición y el progreso, y tiene que transmitir los contenidos y valores que la sociedad da como positivos y que son herencia cultural admitida por una mayoría; y abrir nuevos caminos e innovaciones cuando la sociedad abra nuevas brechas. En este sentido me parece una ingenuidad pensar que la escuela tiene que ir por delante de la sociedad, pues esto no ocurre prácticamente en ninguna de las instituciones.

Otra de las razones que me llamaban la atención, como intento de explicar las malas calificaciones de los alumnos, es su carencia de técnicas de estudio, de lo que algunos responsabilizaban también al profesorado, por no enseñarles. Ciertamente, me parece que el sistema de aprendizaje y dominio de estas técnicas son condiciones básicas para el rendimiento escolar; ahora bien, creo que se están cargando excesivamente las tintas en este aspecto, (la prueba es la cantidad de libros y cursos que proliferan cada año, sobre todo al comienzo) y en cambio suele olvidarse con mucha frecuencia otra condición básica para el provecho escolar, que, a mi juicio, es aún más importante: la voluntad del discente, el esfuerzo, el interés, la perseverancia y ¿por qué no decirlo?: la voluntad del discente, el sacrificio. Todo este haz de palabras que tiene como motor la voluntad parece como que sonaran a chino. Efectivamente, los que llevamos algún tiempo en estas lides acusamos cada año progresivamente una

falta de voluntad, de esfuerzo, de interés en muchos alumnos, y me parece muy bien que intentemos hacer agradable la enseñanza, acortar caminos, siguiendo el verso de Horacio "aut prodesse aut delectare", "mezclar lo dulce y lo útil"; lo que no me parece tan bien es aplicar al estudio las leyes de la economía: conseguir mucho rendimiento con poco esfuerzo, y, si no, atengámonos a la etimología latina de la palabra "studere": afanarse. Otra cosa es que cada maestro trate de dorar la píldora, hacer más asequibles los conocimientos, servirse de triquiñuelas que le acerquen más a sus alumnos; pero lo fundamental es que esos alumnos quieran aprender. Siguiendo este punto de vista, engañan o no presentan fielmente la realidad quienes esconden o soslayan este primer motor de aprendizaje: la voluntad.

No es de extrañar que la escuela, lamentablemente en este caso, copie de la sociedad; y en la sociedad moderna circula, entre otros mitos que no vienen al caso, el mito del éxito rápido, con poco esfuerzo, la consecución inmediata de algo, empleando el medio que sea. Y el estudio es más bien un proceso largo que

nunca se acaba, ya que siempre estamos en trance de aprender algo, y los resultados, a veces, no se perciben a corto plazo o de forma inmediata. Por eso debemos hacer la vista gorda a toda esa serie de eslóganes que pululan por ahí y que aluden a la extrema facilidad con que podemos aprender las cosas; por ejemplo: "Aprenda inglés en unas semanas"; otros lo ponen más fácil: "en diez días"; y otros incluso apuran más y dicen: "No pierda el tiempo ¡Aprenda inglés sin estudiar!". Son muy sugestivos, pero nada veraces.

Mi punto de vista es que conviene desplazar este tipo de mensajes y sustituirlo por otros como "fortalece tu voluntad", "esfuérzate", "persevera", "no te desalientes". Puede que no sean tan sugestivos, pero, desde luego, sí son más veraces. Ayudemos a nuestros alumnos a desarrollar estos valores, que parecen trasnochados, y quizá alguno menos saldrá tan mal parado de nuestros centros de enseñanza.



Profesores del curso 1987-88